

UN JARDÍN ÚNICO

¡Está a un paso! ¡Y es una joya, según la Unesco! El pazo de La Saleta es para quedarse embobado

TEXTO: SANDRA FAGINAS, SERXIO GONZÁLEZ

“Nosotras vivimos en el verdadero paraíso”

Aun abriendo los ojos con esa ingenuidad de la primera vez es imposible no emocionarse al llegar al pazo de La Saleta en pleno corazón de Meis. Si por emoción se interpreta esa cara de esto no puede ser verdad. ¡Existe el paraíso! Y alguien vive en él.

Sí, aquí vive Silvia Rodríguez Coladas, y es ella y su madre, Blanca Coladas Carballosa, quienes están mimando día a día toda la herencia botánica que inició un matrimonio inglés, Margaret y Robert Gimson. Ellos decidieron plantarse (nunca mejor dicho) en este rincón de Galicia en 1968 para que su vida floreciera. ¡Y vaya si floreció! Tanto que aquella semilla arraigó en uno de los jardines privados más importantes de España, que Silvia resu-

me en una frase que bien valdría como lema de este reportaje: “¡No sabemos lo que tenemos!”. Y es verdad.

Se mire para donde se mire, entre el mar de Arousa y un mar de vides despliega O Salnés sus cartas. Un lugar de contrastes se dan la mano y es posible pasar de cobrar bronce sobre la toalla a remontar las exuberantes orillas del Umia como si nada. Este microclima hace a su gente distinta porque el *Salnés Way of Life* no conoce relojes ni calendarios. Se nota cuando te abren la puerta y ya estás como en tu casa. Silvia y su madre nos lo hacen sentir a la sombra de su jardín, como un “locus amoenus”, en el que se concentran especies únicas de todo el mundo. Pero ¡jojo! están aquí al lado, en Galicia. ¿Lo sabían?

Solo hay que descubrir esos verdes y

ocres que constituyen el ciclo cromático de la viña para darse de bruces con la realidad “salnesiana”.

Les pasó hace cosa de quince días a dos peregrinas portuguesas que se esfor-

“Dejé mi vida en Madrid para dedicarme en cuerpo y alma a este jardín”

zaban por alcanzar Vilanova de Arousa. Agotadas, al doblar una esquina en la aldea de Saramagoso (Meis) se toparon con una mesa bien surtida: embutido, pan del día, café, dulces, vino... “¡Vilava Galiza!”, saludaban las dos andari-

nas mientras dejaban atrás Saramagoso. Alguna crónica impresa hablaba al día siguiente de que habían sido halladas bajo los supuestos efectos de la hipotermia y la desorientación. Tonterías.

Sucede que, en ocasiones, el saludable espíritu de O Salnés dibuja un curioso cerco morado en torno a los labios. Y solo cabe dejarse ganar por él.

Lo hacemos, y en el placer de la siesta, Silvia se lanza al relato mientras huele una flor de camelia (difícil en este tiempo), señala una magnífica secuoya o acaricia un ombligo de Venus, en una exaltación de los sentidos contagiosa.

“Estos con un chorro de aceite y un poco de sal son deliciosos”. Ella, como su madre, todavía no han conseguido asimilar la importancia de este vergel que ha brotado gracias a la paciencia y el ímpetu apasionado de Robert [ya falleci-

